

FIGURAS VELADAS. ESCRIBIR UNA VIDA DE MUJER EN EL SIGLO XVIII¹.

Mónica Bolufer Peruga (Universitat de València)

“De nada les va a servir que se pongan cabeza abajo y me digan: “¡Anda, niña, sube!”. Me quedaré mirándoles y les diré: “¿Quién soy yo, primero? Contestadme, y luego, si me gusta ser esa persona, subiré; si no, me quedaré aquí abajo hasta que sea otra”².

1. Soy una recién llegada a la problemática de la biografía histórica. Mi participación en esta red internacional obedece al hecho de que mi último libro publicado constituye, en cierto sentido, un estudio biográfico consagrado a una mujer del siglo XVIII. Mi pesquisa partió de un enigma: el que envolvía la identidad de la autora de uno de los textos críticos sobre la condición de las mujeres más significativos de su época, la *Apología de las mujeres* (1798)³. El enigma implicaba también una paradoja: el contraste entre la audacia de su contenido y el tono firme, vehemente y muy personal de su escritura, y la oscuridad que rodeaba las circunstancias de su aparición y la vida de su autora, de quien se conocía tan sólo su nombre.

Había leído por primera vez el texto a principios de los años 1990, durante la investigación que condujo a mi primer libro, y desde entonces me había interesado intermitentemente por él, dedicándole algunas referencias en esa obra, publicada en 1998, y comentarios más extensos en otros artículos posteriores. Pensaba que no tenía sentido despacharlo meramente con apreciaciones tales como las de “pionero”, “singular” o “excepcional”, ni menos presentar a su desconocida autora como una “adelantada a su época”. El texto y quien lo escribió merecían una consideración detenida que los insertasen adecuadamente en el contexto social y cultural de su tiempo. Poco a poco, fui convenciéndome de que allí

¹ Estas reflexiones se han desarrollado en el marco de la Red europea sobre teoría y práctica de la biografía (HAR 2008-03428) y del proyecto de investigación HAR 2008-04113, ambos financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

² Lewis Carrol, *Alicia en el país de las maravillas. Alicia a través del espejo. La caza del snark*, Barcelona, Edhasa, 2000, p. 28.

³ BOLUFER, M., *La vida y la escritura en el siglo XVIII. Inés Joyes: “Apología de las mujeres”*, Valencia, Universitat de València, 2008.

había un libro que podía y debía ser escrito. No sin algunas dudas que me acompañaron a lo largo de todo el proceso de investigación y de escritura. ¿Localizaría fuentes suficientes y lo bastante ricas como para plantearme la tarea con alguna garantía? ¿Era legítimo o útil situar el foco de atención sobre un texto tan breve (menos de 30 páginas) y sobre una vida tan desconocida y, a medida que fui reconstruyéndola, tan aparentemente gris? ¿Podría leer de otro modo un texto que había leído y comentado tantas veces ya?

Para mí, que me había formado en buena medida bajo la influencia de la historia intelectual clásica, por una parte, y por otra, de la historia de las mentalidades, aunque conociera y apreciara las investigaciones y la teoría microhistóricas, y que estaba acostumbrada a manejar un gran volumen de fuentes y a plantearme preguntas muy generales, plantearse este trabajo suponía cambiar de registro, de método y de forma de escritura. Mi motivación, debo reconocerlo, fue muy personal y poco teorizada: más próxima a las inquietudes aparentemente sencillas de cualquier persona interesada por la historia (¿quién pudo escribir ese texto? ¿cómo fue? ¿de qué modo vivió?) que inspiradas por una voluntad consciente de imprimir una dirección distinta a mi trabajo. Y no dejé de albergar ciertas reservas acerca del resultado final. Sin embargo, a lo largo del proceso tomé conciencia de que una investigación planteada de esa forma (una experiencia intelectual, por otra parte, placentera y emocionante) me permitía abordar de un modo diferente y enriquecedor algunos de los temas o problemas historiográficos que me venían preocupando, y a los que había dedicado trabajos de otra índole. Muy en especial, me ayudaba a entender mejor las posibilidades, los límites y tensiones que marcaron la participación de las mujeres en los discursos y en las prácticas y espacios culturales de la Ilustración, así como la importancia de la polémica de los sexos en los debates morales y sociales de la época. Pero también me posibilitaba comprender la circulación de las ideas (lectura, traducción, consumo cultural) entre centros y periferias, en la España del siglo XVIII y en el contexto europeo o el papel de las mujeres en las estrategias familiares, estilos de vida y ascenso social de la burguesía comercial y financiera. Todo ello con una atención más explícita e intensa a la relación entre el sujeto y su contexto (familiar, social, intelectual...),

poniendo de relieve las constricciones que pesan sobre él, pero también sus márgenes de acción y elección.

La investigación fue larga y discontinua, un proyecto que me ha acompañado durante muchos años, que he dejado y retomado en distintas ocasiones a medida que emprendía otros distintos, pero que nunca abandoné del todo y que procuré mantener vivo, aprovechando las ocasiones que se me ofrecían para visitar, en distintos lugares (Málaga, Madrid, Vélez-Málaga, Londres), archivos en los que pensaba encontrar fuentes, y movilizándolo a distancia a amigos y colegas en busca de otras pistas (en Cádiz, Ferrol, Segovia...), en pesquisas a veces fructíferas y otras decepcionantes. Al final, como sucede con todo proyecto prolongado, la vida de los otros se ha entrelazado con la vida propia, y si la factura final del libro corresponde a quien soy ahora, su primer impulso arranca de alguien que (tanto intelectual como personalmente) ya no soy del todo yo.

European Network on Theory and Practice of Biography
2. La vida de Inés Joyes (1731-1808), como cualquier otra (si bien cada una de un modo distinto) obliga a plantearse el problema historiográfico de la relación y la tensión entre lo individual y lo colectivo. ¿Hasta qué punto conocer la trayectoria de un individuo nos permite enfrentarnos a cuestiones históricas que desborden la estricta peripecia individual? ¿Cómo conciliar la búsqueda de regularidades, de elementos compartidos, con el respeto a la singularidad de cada sujeto, es decir, sin hacer de éste un mero tipo cortado por un patrón fijo?⁴. Sabemos bien que, precisamente porque ningún individuo (en el pasado como en el presente) puede abstraerse de las circunstancias en las que se desarrolla su existencia, toda biografía, incluso la más heterodoxa, ofrece siempre una perspectiva sobre las condiciones materiales y los valores simbólicos que ese sujeto comparte con la sociedad en la que vive, en particular con aquellos sectores de ella a los que le unen mayores vínculos (de clase o estamento, género, nacionalidad, religión, formación intelectual, ideología...)⁵. Y al mismo tiempo, aun la más convencional de las historias de vida no es nunca idéntica a otras similares, porque los individuos, a la

⁴ LEVI, G., "Les usages de la biographie", *Annales ESC*, 6 (1989), pp. 1325-1336.

⁵ GINZBURG, C., *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnick Editores, 1981; GINZBURG, C. y PONI, C., "El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico", *Historia Social*, 10 (1991), pp. 63-70.

vez que se sitúan, necesariamente, en el marco de las normas sociales, las hacen suyas y las usan, reformulan o modifican hasta cierto punto, haciendo así posible el cambio histórico, frente a la mera permanencia invariable de aquello heredado⁶.

Precisamente por ello, el enfoque biográfico resulta teórica y metodológicamente productivo, de una forma especial, en historia de las mujeres, y así lo ha comprendido un sector de la historiografía feminista, que lo ha utilizado y ha reflexionado en términos muy interesantes sobre él⁷. Desde sus inicios, la historia de las mujeres ha debido enfrentarse al problema de cómo integrar en sus análisis la apollada tradición de las “mujeres célebres”, aquellas pocas que en la memoria y en la práctica histórica se habían salvado de la general invisibilidad de los sujetos femeninos. La historia tradicional nunca las ha ignorado del todo, pero haciendo abstracción, hasta cierto punto, de su condición de mujeres para destacar la excepcionalidad de sus hazañas en campos considerados masculinos (la política, la guerra, la actividad intelectual y artística) y convirtiéndolas, muchas veces desde su propia época, en mitos o iconos. Al tiempo que ignoraba al resto de su sexo, a quienes, frente a las mujeres excepcionales, se entendía como “mujeres-tipo”, aquellas que encarnan las limitaciones de la vida femenina en el pasado y parecen cargar sobre sus hombros el peso de “representar” a todo su sexo. Esas que, cuando no resultan simplemente silenciadas, suelen aparecer en los libros de historia como una masa coral y anónima, sometida, pasiva y resignada⁸. La historia de las mujeres incluye entre sus propósitos explícitos el de recuperar esas vidas femeninas de la oscuridad, haciendo visibles como sujetos no sólo a las mujeres célebres del pasado, sino también a aquellas, la inmensa mayoría, cuyas vidas discurrieron de forma más discreta o resultan más

⁶ BURDIEL, I., “La dama de blanco. Notas sobre la biografía histórica”, en I. BURDIEL y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Liberales, agitadores y conspiradores. Biografías heterodoxas del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 17-48; J.C. DAVIS e I. BURDIEL, eds., *El Otro, el Mismo. Biografía y autobiografía en Europa, siglos XVII-XX*, Valencia, Universitat de València, 2005. DOSSE, F., *La apuesta por la biografía. Escribir una vida*, Valencia, Universitat de València, 2007.

⁷ BORDERÍAS, C., “Subjetividad y cambio social en las historias de vida de las mujeres: notas sobre el método biográfico”, en *Arenal*, 4/2 (1997), pp.177-195; TAVERA, S., coord., “Trayectorias individuales y memoria colectiva. Biografías del género”, dossier de *Arenal*, 12/2 (2005), pp. 211-307 (véanse en especial los artículos de M. José de la Pascua y Gloria Espigado).

⁸ Y ello también en las obras de historia de las mujeres que adoptan un enfoque de tipo estructural, insistiendo en las continuidades de larga duración: por ejemplo, HUFTON, O.: *The Prospect Before Her. A History of Women in Western Europe. I. 1500-1800*. Glasgow, 1995.

difíciles de recuperar. De ese modo, ha contribuido significativamente a la tendencia de las últimas décadas a enfocar la singularidad individual no sólo de los sujetos clásicos de la biografía, más o menos excepcionales y descolantes (monarcas, políticos, guerreros, artistas o intelectuales), sino también a los llamados “sujetos subalternos”⁹.

Pero además, se puede sortear esa rígida dicotomía para entender que tanto unos sujetos como otros, las mujeres célebres como las oscuras, se inscriben, necesariamente, en las reglas del juego social, haciendo uso de los márgenes, mayores o menores, que éste ofrece y contribuyendo, en alguna medida, a modificarlos. Unas y otras permiten discernir tanto las reglas como las posibilidades de maniobra en el marco de las condiciones sociales, económicas y políticas y de los discursos que condicionan (pero no determinan absolutamente) a los individuos y definen su identidad. En este sentido, los estudios de género han desempeñado un papel fundamental en el debate acerca de la relación entre lo individual y lo colectivo, entre el sujeto y su contexto. Al desvelar el carácter cultural y social de los modelos de feminidad y masculinidad, han cuestionado la arraigada idea de que ser mujer o ser hombre constituyen identidades fijas, naturales y homogéneas, a favor de una visión más dinámica y compleja de la construcción de las identidades personales y colectivas. Pero además, han evitado ver en los sujetos individuales simples proyecciones de los modelos culturales dominantes, entre ellos los de género, para interesarse por la forma en que dan sentido a esos modelos, los interiorizan, los rechazan, negocian o transforman en su pensamiento y sus vidas¹⁰.

Inés Joyes no es una “mujer célebre”, como las grandes aristócratas,

⁹ Una obra a la vez de consulta y divulgativa, la reciente enciclopedia biográfica dirigida por Susanna Tavera, se plantea el reto de compilar trayectorias individuales de mujeres tanto conocidas como oscuras, tomando como criterio no la “celebridad” sino la “visibilidad”, es decir, tanto la relativa presencia pública que tuvieron en su tiempo, como la posibilidad de reconstruir sus existencias a partir de las fuentes disponibles. MARTÍNEZ, C., PASTOR, R., DE LA PASCUA, M. J., TAVERA, S. (dir.), *Mujeres en la Historia de España. Enciclopedia biográfica*, Barcelona, Planeta, 2000.

¹⁰ Sobre la pertinencia de la noción de “experiencia” en el marco de la orientación culturalista de la historia, véanse las interesantes aportaciones de Kathleen Canning, *Gender History in Practice. Historical Perspectives on Bodies, Class and Citizenship*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 2006, especialmente caps. 2 (“Feminist History alter the Linguistic Turn: Historicizing Discourse and Experience”, pp. 63-100; traducido al catalán como “La historiografía feminista després del gir lingüístic. Historiar el discurs i l'experiència”, *Afers*, 33/34, 1999, pp. 303-342) y 3 (“Difficult Dichotomies: “Experience” between Narrativity and Materiality”, pp. 101-120), en respuesta a la crítica de SCOTT, J., “The Evidence of Experience”, *Critical Inquiry*, 17, 1991, pp. 773-797 (“La experiencia como prueba”, en CARBONELL, N. y TORRAS, M., eds., *Feminismos literarios*, Madrid, Arco Libros, 1999, pp. 17-112).

poderosas, influyentes, con una fuerte presencia en la vida política e intelectual de su tiempo como mecenas, damas de Corte, señoras de estados: la condesa-duquesa de Benavente (a quien dedica su obra), la duquesa de Alba o la condesa de Montijo, por citar a las más conocidas entre sus contemporáneas. Tampoco, desde luego, es un individuo marginal, en el límite, radicalmente heterodoxo, sino una mujer respetable, de familia distinguida aunque no opulenta, cuya reputación debió apoyarse, precisamente, en alguna medida en una escasa o discreta presencia pública. El gesto de su vida que más la distingue a nuestros ojos, la escritura y la publicación de su obra, no constituye en su época y su lugar algo habitual pero tampoco una absoluta rareza. Para comprenderla, si bien es necesario conocer las circunstancias limitadoras que pesaron sobre ella (aquello que no le era posible en función de las leyes, la opinión, las costumbres, la educación...), interesa ante todo tener en cuenta cuáles son las cartas con las que le es dado jugar y cómo las juega.

En este sentido, fui construyendo el relato partiendo de una pregunta sobre las condiciones de posibilidad de su texto: los elementos personales y colectivos, los datos biográficos y las circunstancias contextuales que permitían comprender mejor un texto como el suyo. ¿Cómo pudo una mujer burguesa, que vivió su vida adulta en una pequeña villa periférica (Vélez-Málaga) y tuvo una existencia, hasta donde es posible conocerlo, bastante ordinaria, hacer acopio de los recursos materiales y simbólicos que le permitieron escribir y publicar su ensayo? Y es que escribir y publicar exige un cúmulo de condiciones, tanto externas como internas: una educación adecuada, pero también una comodidad material, tiempo y dedicación y, asimismo, algunos contactos, relaciones e influencias, útiles a la hora de afrontar la negociación con la imprenta, la financiación de la obra y los trámites con la censura. Pero también requiere cierta determinación y seguridad personal: el deseo de escribir, el sentimiento de la propia capacidad y la voluntad de intervenir en la esfera de la opinión pública a través de la publicación.

3. En las distintas ocasiones que he tenido de discutir mi trabajo, durante el proceso de elaboración y con posterioridad, con colegas y estudiantes, me he encontrado a veces en la situación de subrayar que Inés

Joyes no es "sólo" una mujer, sino un individuo cuya identidad, entendida tanto en clave íntima de sentimiento de pertenencia e identificación, como en calidad de atributo otorgado o reconocido por los demás, viene definida por un entrecruzamiento de variables. La idea de que una identidad nunca constituye un bloque monolítico, definido por un único criterio, parece obvia en un tiempo en que la historia y las ciencias sociales comprenden las identidades como necesariamente múltiples y fragmentarias. Y sin embargo, resulta especialmente difícil de asimilar cuando los sujetos en cuestión son femeninos. Al fin y al cabo, las mujeres han tendido a ser definidas, en mayor medida a partir del siglo XVIII, en función de su sexo, incluso como "el sexo" por excelencia, entendiendo su condición sexual como mucho más determinante en su caso que en el de los hombres. El genérico indiferenciado ("la mujer") tiende a condicionar la percepción y la escritura de las vidas femeninas en el pasado, olvidando que no se puede ser mujer (ni hombre) sin más y en bloque, sino en combinación con otras variables sociales, siempre múltiples, y que la identidad personal es siempre inherentemente inestable y dividida.

El peligro de ver en una mujer tan sólo una mujer afecta sin duda al enfoque del propio trabajo histórico, pero también a su recepción¹¹. Las publicaciones en este campo, de forma explícita o, con más frecuencia, tácita, se entiendan como referidas única y exclusivamente a las mujeres, como si escoger a éstas en tanto que objeto de investigación significara optar irremisiblemente por lo particular, lo que justifica que tengan menor eco y apenas se contemplen en las obras de síntesis sobre un periodo, una temática o un problema histórico ni se integren (con escasas excepciones) en la enseñanza de la Historia "general". Aplicado a las biografías históricas, ello implica que, sin en general éstas, aunque susciten gran interés entre un público amplio, suelen juzgarse como trabajos cuyo alcance no va más allá de dar a conocer una peripecia individual, al menos se entiende que una biografía masculina lo es de un político, un intelectual, un artista, un eclesiástico, incluso un "hombre común" (obrero, campesino, burgués...) y que su contexto remite tanto a las condiciones generales de su época (culturales, políticas, económicas...) como a las propias de su grupo,

¹¹ POMATA, Gianna, "Storia particolare e storia generale. In margine ad alcuni manuali di storia delle donne", *Quaderni Storici*, 74 (1990), pp. 341-385.

mientras que una biografía femenina es la de una mujer (sin adjetivos), su contexto se reduce al de la condición de su sexo, y su público será sólo el interesado por esa cuestión específica. Estigmatizada así como “particular” por partida doble (porque trata de un sujeto individual, y porque ese sujeto es femenino), la biografía histórica de una mujer cuenta con pocas credenciales académicas.

La invocación de una común identidad femenina ha formado parte destacada de la trayectoria de los feminismos contemporáneos. Sin embargo, el mismo hecho de analizar las identidades sexuales como construcciones culturales y sociales contribuyó sustancialmente a desestabilizar la propia noción de identidad, a la vez que se dejaron oír bien pronto voces que subrayaban que ninguna identidad “mujer” podía dejar de ser inestable en tanto que atravesada por profundas diferencias (de raza, clase, religión, edad, opción sexual...) e internamente dividida, como lo expresara Denise Riley en una obra muy influyente en la filosofía y la historiografía feministas anglosajonas¹². De ese modo, la teoría y la historiografía feminista han participado de forma central en el desarrollo de la noción de identidades múltiples y fragmentarias¹³.

En este sentido, los trabajos más interesantes que estudian los sujetos femeninos en el pasado han mostrado cómo las mujeres, no menos que los hombres, constituyen individuos singulares, cuya condición genérica en absoluto satura su identidad, que viene definida, como todas, por adscripciones plurales y móviles. Natalie Davis, al explorar, precisamente, las similitudes y diferencias en las trayectorias de tres mujeres del siglo XVII, ha recreado a modo de un diálogo imaginario con ellas su extrañeza y su enfado al verse reunidas en un mismo volumen con otros sujetos con quienes dicen tener muy poco en común¹⁴. Así, la misionera católica Marie de l'Incarnation se horroriza (“Lo he leído y estoy escandalizada. Haberme encerrado en un libro con estas mujeres sin Dios”), la comerciante judía Glikl bas Judah Leib también protesta por no estar con sus correligionarios (“¿Y por qué me pone con mujeres que no son judías?”), y la artista y científica protestante Maria Sibylla Merian se dice fuera del lugar que es el

¹² RILEY, D.: *Am I That Name?: Feminism and the Category of 'Women' in History*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire, Macmillan Press, 1988.

¹³ Jane Flax, *Psicoanálisis y feminismo. Pensamientos fragmentarios*. Madrid, Cátedra, 1995.

¹⁴ DAVIS, Natalie, *Mujeres en los márgenes. Tres vidas del siglo XVII*, Madrid, Cátedra, 1996.

suyo, el de los sabios (“[Estas mujeres] no leían los mismos libros que yo ni hablaban con el tipo de personas que yo lo hacía. No es mi ambiente (...); “no debo aparecer en un libro sobre “mujeres”. He de estar con los estudiosos y los pintores de la naturaleza, con los investigadores de insectos y plantas”). En las palabras (ficticias) que la historiadora pone en sus labios, las tres niegan ser quienes ella dice que son, afirman no reconocerse en el grupo –“las mujeres”- al que ella las asigna y sentir, por encima del supuesto vínculo del sexo, otras afinidades más poderosas, las de la fe o la inclinación intelectual.

Distinto es el caso de Inés Joyes, por cuanto se trata de una mujer que escribe *en tanto que mujer*, y lo hace en defensa de su sexo. Su escritura alterna la primera persona del singular con la primera del plural (“No puedo sufrir con paciencia el ridículo papel que generalmente hacemos las mujeres en el mundo” – p. 275; “me quejo de la injusticia de los hombres con nuestro sexo...pero también es cierto que nosotras...nos hemos constituido en este infeliz estado” –p. 277), y concluye con una enfática llamada, en segunda persona, a las mujeres, a las que pretende abrir los ojos (“Yo quisiera desde lo alto de algún monte donde fuera posible que me oyesen todas darles un consejo. Oid, mujeres, les diría, no os apoquéis... ” – p. 297). Su estrategia argumentativa, en muchos puntos, se basa en esgrimir su experiencia personal como mujer. Y ello, haciendo de la necesidad virtud, es decir, evitando citas librescas (que quizá su propia formación no le permitiera) para contraponer la autoridad de esa experiencia a la retórica a su juicio poco realista e interesada de los textos en los que se construía insistentemente modelos y pautas de conducta, y que denuncia por huecos, pretenciosos o excesivamente generalizadores. Una experiencia inscrita en un medio concreto y específico: como madre (viuda) que ha de preocuparse por la educación de sus hijos, como residente en una pequeña villa provinciana, como persona autodidacta...Sin embargo, el hecho de que invoque en su ensayo su condición de mujer y reflexione sobre ella en términos colectivos, que muestre conciencia de mujer, no excluye que exprese también un sentimiento de desencuentro o lejanía con respecto a parte de su sexo y una voluntad de diferenciarse, como individuo, de la medianía: de esas mujeres a quienes retrata (por educación y convención social, no por naturaleza) como seres frívolos, de

intereses banales, o bien con preocupaciones e inquietudes exclusivamente domésticas, sin aspiraciones intelectuales. Y, por supuesto, si su texto proporciona un asidero para analizar cómo se representa a sí misma antes sus lectores, resultaría sin duda falaz interpretar todos los datos que afloran acerca de su existencia a la luz de su obra, publicada, además, hacia el final de su vida, a los 67 años y 10 antes de su muerte, presentando su vida como si su único sentido fuera poner las bases del pensamiento que expresaría en un texto tardío.

Así, aunque su condición de mujer, y el pensamiento crítico que acabaría forjando acerca del orden de las relaciones entre los sexos, resultan muy relevantes para entender su figura, no es, desde luego, en clave única. Si su experiencia, como la de cualquier otro sujeto, se sitúa, precisamente, en el cruce entre la singularidad individual y las circunstancias colectivas, ¿qué grupo es el suyo, en su propia visión y en la de los otros? El de las mujeres, sin duda, lo es, pero no sólo ¿Las gentes de letras? ¿La burguesía comercial? ¿La comunidad irlandesa? Y es que su identidad, lejos de quedar agotada por su sexo, radica en la intersección de todas esas y otras variables, que la definen como una mujer burguesa, irlandesa y española, hija, más tarde esposa y madre de familia, viuda después, católica, ilustrada, lectora, traductora, escritora... Y al mismo tiempo, resulta en última instancia irreductible a la suma de todos esos ingredientes, pues los individuos, incluso aquellos que comparten, además de un tiempo y un espacio, unas circunstancias vitales nunca son completamente intercambiables.

4. Pretendí que el trabajo no fuera un “estudio de caso”, una investigación sobre un sujeto particular que ilustrara, ratificara, embelleciera o completara con detalles lo ya sabido. Tampoco estoy segura de que pueda calificarse de biografía. No porque sea algo “más”, como ha asegurado con cierto énfasis algún colega amable, tratando de alabarlo y para ello de no adscribirlo a un género supuestamente menor. En todo caso, porque sea algo menos: ¿acaso puede hablarse de biografía, cuando, además de su breve obra, los datos que he podido encontrar acerca de la trayectoria vital de Inés Joyes pueden resumirse en uno o dos párrafos? ¿Cuando no he podido responder a las preguntas sobre muchos

aspectos de su existencia, salvo de forma indirecta y contextual? Pero tampoco es pertinente en su caso hablar de “antibiografía”, entendida, según la definiera Ignasi Terradas (a propósito de la obrera inglesa Eliza Kendall, apenas conocida por una nota a pie de página de *El Capital*), como el análisis de las circunstancias que han hecho imposible la biografía de una persona humilde, en el doble sentido de silenciarla en vida, dificultándole desarrollar un proyecto vital, y de oscurecer su existencia a los ojos de los historiadores¹⁵. Inés Joyes no fue una mujer de condición marginal y precaria, ni totalmente oscura en su tiempo, sino miembro de una familia conocida, con prestigio empresarial y excelentes conexiones. Y sin embargo, su figura aparece velada en las fuentes, más opaca a la mirada de los investigadores de lo que su buena posición y su condición de escritora con obra publicada podría hacer esperar.

Sabemos bien que, al tratar de escribir una biografía, las fuentes, por ricas que sean, únicamente pueden aportarnos retazos de información, jirones de vida; datos que sólo cobran sentido a partir de la intervención del historiador, quien va hilvanándolos para tejer una narración necesariamente interpretativa, en la que la ilusión de orden que otorga la secuencia cronológica de los hechos no oculta que es sólo la mirada retrospectiva la que otorga unidad y significado a una existencia. Cuando se trata de las mujeres, la escasez (relativa) de las fuentes y su carácter parcial y sesgado resultan aún más evidentes y dificultan todavía en mayor medida la reconstrucción de sus vidas: por decirlo con la retórica dieciochesca de la propia Inés Joyes, “como los hombres están más expuestos al teatro del mundo, salen a luz muchas acciones tuyas que, aunque en las mujeres las hay igualmente heroicas, como no interesan al público, quedan sepultadas en el olvido” (p. 284). Los documentos oficiales (censos, papeles administrativos) las soslayan, encubriéndolas bajo la referencia a los cabezas de familia, sus padres y maridos. También son menos usuales los testimonios femeninos en primera persona, con algunas excepciones (la autobiografía religiosa, la correspondencia, las declaraciones judiciales). Con frecuencia las pistas, pocas, aparecen a través de documentos tales como expedientes administrativos y militares, que sitúan en un primer

¹⁵ TERRADAS, I., *Eliza Kendall. Reflexiones sobre una antibiografía*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona, 1992.

plano a los hombres con los que estas mujeres estuvieron vinculadas, y en los que ellas emergen tan sólo de forma indirecta. Las fuentes, así, reflejan, pero también contribuyen a subrayar, el tópico de que las mujeres del pasado aparecían definidas y determinadas, en mayor medida aún que los hombres, por su condición familiar o su estado civil. Es decir, tienden a sobredimensionar aquellos rasgos que parecen compartir con todo su sexo, o bien con amplios colectivos (las casadas, las viudas, las religiosas, las aristócratas...), hurtando los aspectos individuales, que sólo pueden ser reconstruidos con dificultad.

La propia oscuridad del personaje contrasta con la celebridad del más conocido de sus hijos, el general Joaquín Blake y Joyes (1759-1827), cuyo relevante papel militar y político en la guerra de independencia y en el trienio liberal le garantizó un lugar en la galería de héroes de la época y en la historia posterior. De él se conservan varios retratos en distintas etapas de su vida, y se custodia un archivo privado (depositado en el Archivo General Militar de Madrid). De ella apenas hace falta decir que no tenemos ninguna imagen, en una época en que los retratos se limitaban a la aristocracia o los individuos que ejercían cargos eclesiásticos, militares o civiles, a artistas e intelectuales y, de forma incipiente, a miembros de la burguesía de negocios (en este caso, los masculinos, erigidos en memoria de la casa comercial)¹⁶.

Si el rastro biográfico dejado por Inés Joyes ha ido dibujándose poco a poco, ha sido de manera limitada y un tanto frustrante. Empecé la pesquisa documental sin demasiadas esperanzas de encontrar fuentes especialmente jugosas: un diario, unas memorias, prácticamente desconocidas entre las mujeres de su tiempo en España (con la excepción de las religiosas). Podría haber tenido la suerte de encontrar alguna correspondencia privada (cartas escritas o recibidas por ella, o bien otras de terceras personas que la nombrasen). O, al menos, un proceso judicial en el que estuviera implicada, un tipo de testimonio de gran valor por cuanto contiene historias de vida de amplios sectores de la población que no han

¹⁶ Este último caso, todavía relativamente raro en la España del siglo XVIII, es, por ejemplo, el de la familia de comerciantes de origen irlandés Valois (o Walsh)-Cólogan, asentada en Tenerife, cuyos descendientes conservan todavía la galería de retratos de sus ancestros masculinos, remontándose al fundador de la firma, Bernardo Walsh -o Valois- Carew (1663-1727). Estos retratos se reproducen en el estudio de Agustín Guimerá, *Burguesía extranjera y comercio atlántico. La empresa comercial irlandesa en Canarias (1703-1771)*. Santa Cruz de Tenerife, Gobierno de Canarias-CSIC, 1985.

dejado otros relatos en primera persona¹⁷. Más modestamente, un inventario de los bienes de su hogar, el de nacimiento o aquél que creó con su marido, que permitiera reconstruir el entorno material en el que vivió, hacernos una idea del contenido de su biblioteca o la de sus familiares, de sus objetos personales o los que la rodeaban. Incluso el expediente de impresión de su obra, que se conserva para muchas publicaciones del siglo XVIII, con la preceptiva solicitud de licencia, el manuscrito sometido a la censura y el informe emitido por ésta, ha desaparecido en este caso.

Más allá del texto en el que se expresa en primera persona y con voz rotunda, la *Apología*, y de la traducción a la que ésta acompaña, la interpretación y la narración de su vida, por tanto, han de tejerse con datos dispersos y fragmentarios, con documentos en su mayor parte escuetos, de los que sólo alguno se debe a su mano y la enfoca en plano corto, aunque se trate de un acto formulario, de lenguaje en buena medida convencional, en el que el margen de expresión y de decisión personal con respecto a la norma resulta mínimo: su testamento de 1806 (el anterior, de 1776, no se conserva). En la mayoría aparece en un plano secundario (como en su carta de dote, firmada entre su madre y su futuro marido, o en la renuncia que éste suscribe en su nombre a la herencia paterna), o incluso decididamente fuera de foco, mencionada apenas en los documentos que registran las carreras militares o las aspiraciones de ennoblecimiento de los hombres de su familia (su esposo, hijos, yerno, nietos...): memoriales, peticiones de hidalguía o de hábitos militares, expedientes militares y administrativos. En definitiva, ha sido posible reunir una información aceptable sobre sus circunstancias: su existencia familiar, la posesión y transmisión de sus bienes materiales y la colocación, ascenso y actividades profesionales de los hombres a los que estuvo vinculada; poca, sin embargo, sobre ella misma.

Si el nombre propio constituye un hilo del que tirar de la madeja de una existencia, para complicar todavía más las cosas, incluso la identificación de la autora de la *Apología*, que firma en la portada como "Inés Blake y Joyes", resultaba dudosa. La primera pista documental

¹⁷ DE LA PASCUA, M.J., "La recuperación de una memoria ausente: demandas judiciales y relatos de vida en la construcción de la historia de las mujeres", *Arenal*, 12/2 (2005), pp. 211-234. La única pista es un proceso de fecha desconocida, que no he podido encontrar hasta ahora, sostenido en la Chancillería de Granada por Inés Joyes (representada por su hijo Manuel) contra su yerno el comerciante Juan Davanhorques, tras la muerte de su hija y esposa de éste, por la herencia de su nieto.

indicaba que había dos mujeres del mismo nombre, madre e hija, a las que podía deberse el texto: Inés Joyes y Joyes, nacida en 1731 y viuda desde 1782 del comerciante Agustín Blake, e Inés Joyes y Blake, nacida en 1773. Sin embargo, el hecho de que los mismos apelativos se repitan por generaciones resultaba un indicio significativo en varios sentidos. La reiteración de los apellidos habla de acusada endogamia matrimonial y nacional, frecuente entre la burguesía comercial de la época, en especial en la de origen extranjero. La reaparición del nombre de pila "Inés" al menos en cinco ocasiones (remontándose hasta la abuela de la autora, además de su madre y su hija, y descendiendo hasta una de sus nietas) es fuente de dificultades añadidas a la hora de asignar a cada una de estas mujeres una existencia individual. Así, se ha atribuido la *Apología* (yo misma inicié mis pesquisas con ese convencimiento) a la que hoy entiendo es una autora equivocada, la Inés Joyes hija; asimismo, los archiveros que clasificaron la documentación del archivo privado del general Blake cometieron un error similar, confundiendo a la hermana de éste (Inés Blake y Joyes) con su hija (Inés Blake y Tovar, camarera mayor de la reina Isabel II). Se trata, obviamente, de equivocaciones comunes al manejar papeles de una época en la que la usual repetición de nombres y apellidos y la falta de documentos precisos de identificación hace difícil asignar una identidad segura a muchos individuos. Pero además, revela la tentación de atribuir a las mujeres, en mayor medida que a los hombres, identidades "débiles", que serían prácticamente intercambiables y se reducirían a algunos trazos genéricos. Sin embargo, la perpetuación en una misma familia, a lo largo de generaciones, de un nombre de pila más frecuente en su lugar de origen que en aquél en el cual se habían establecido puede tener también otra lectura. Una que se pregunte por el papel que la pertenencia a una comunidad extranjera fuertemente cohesionada por lazos familiares, clientelares, endogámicos, de negocios y amistades, pudo tener en el sentido que Inés Joyes desarrollara de su propia identidad y en la eventual identificación con los modelos femeninos que le proporcionaban sus antecesoras, así como en la posible proyección en sus hijas (especialmente, quizá, la que llevaba su mismo nombre, distinguida con una mejora simbólica en su testamento).

Y prosiguiendo con la interrogación sobre qué encierra un nombre,

cabe reparar también en las dos formas en que ella aparece nombrada (o se nombra a sí misma) en su tiempo. Lo hace como Inés Joyes, invariablemente, en la documentación parroquial o notarial, con el apellido que fue, por partida doble, el de sus padres (Patricio Joyes e Inés Joyes); el mismo que llevaba la firma comercial de su familia. En cambio, su obra la firma como "Inés Joyes y Blake", añadiendo a su apellido el de su difunto marido. Al mismo tiempo que desplaza del espacio de la portada al autor de la obra original, Samuel Johnson, de modo que, aunque se indique que se trata de una traducción de *Rasselas* (acompañada de una *Apología* "en forma de una carta de la traductora a sus hijas"), es la traductora de la primera (y autora de la segunda, que, se recalca, es obra original) quien asume, de algún modo, la posición autorial ante el público¹⁸. Lo cual podemos interpretar, quizá, como un doble gesto de revelarse y de velarse: de dejar escrito, negro sobre blanco, su propio nombre, rubricando su obra de reflexión, pero a la vez adoptando, de entre todas sus identidades, la más respetable, la de una viuda y madre que escribe para sus descendientes, a quienes dirige su pensamiento y sus consejos. Una mujer, por tanto, que carece para la posteridad de rostro conocido (como la inmensa mayoría de sus contemporáneos, y todavía más de sus contemporáneas) y las formas de cuyo nombre, en cierta medida equívocas, a la vez que aparentemente nos la hurtan, nos dan pistas sobre los diversos hilos que pudieron conformar su identidad.

Y si la huella que dejó su vida aparece en buena medida tenue, pero no del todo borrada, también la que imprimiera su obra resulta apenas perceptible a nuestros ojos. Si juzgamos por los testimonios conservados, debió tener un eco muy reducido en su época, al menos en la letra impresa: aunque se anunció en la prensa su aparición (con dos escuetos anuncios en la *Gaceta* y el *Diario de Madrid*), jamás se reeditó. Y no sólo no he localizado más comentarios contemporáneos que la breve mención que de ella hace Godoy en sus *Memorias*, sino que fue al parecer desconocida incluso para los posteriores traductores del *Rasselas* al castellano (en 1813, 1831 y 1860), que nunca citarían –probablemente de buena fe, porque lo

¹⁸ Esta opción no es desconocida entre las traducciones españolas de la época, en las que en ocasiones se omite el nombre del autor o autora original, pero resulta más frecuente que éste aparezca en la portada, seguido por el del traductor/traductora.

ignoraban- el trabajo de su predecesora.

5. Trabajar con estas limitaciones, familiares tanto a quienes investigan en biografía como a quienes lo hacen en historia de las mujeres (incluso en el caso de mujeres poderosas o célebres en su tiempo), requiere afilar todas las herramientas disponibles y no tener miedo a aventurar, más allá de los datos, especulaciones fundadas. Por una parte, obliga a prestar especial atención al contexto, como conjunto de condicionantes que pesaran sobre el personaje y al que, a su vez, éste contribuiría de formas en alguna medida creativas. Así, puse en juego mi conocimiento de algunos aspectos del entorno cultural español y europeo: el debate de los sexos, la escritura femenina o la práctica de la traducción. Y al tiempo me esforcé por indagar en otros campos que me eran más ajenos: el mundo de la comunidad irlandesa en España (condición jurídica, redes sociales, negocios y profesiones, perfiles culturales y políticos, vinculación con el país de origen...), el universo de las finanzas en el Madrid del siglo XVIII, el urbanismo y la vida económica, social y cultural de Málaga y de su vecina Vélez-Málaga. Y ello, aun temiendo incurrir en la práctica sobre la que se ha ironizado como el "método del sándwich" (alternar varias capas de información contextual con otras específicamente biográficas para tratar de suplir o disimular las carencias de los datos). Traté de preguntarme cómo esos contextos abrirían posibilidades y dibujarían límites siempre flexibles; también, aunque con mayor dificultad para ofrecer respuestas, sobre cómo ella pudo actuar, en cierto sentido, sobre el medio en el que vivía, aprovechándose de esos resquicios a la vez que modificándolos. Cómo, por ejemplo, su testamento, además de remitir a la norma jurídica y las convenciones de su tiempo y su grupo –, en este caso, la burguesía comercial- respecto a las invocaciones religiosas o la disposición del patrimonio, contiene rasgos más particulares (como un especial recuerdo del origen familiar, pequeños legados de valor más simbólico que material para las mujeres de la casa –hijas, criadas- o religiosas, o una marcada austeridad de las mandas pías), similares en algún aspecto a los de otras gentes de su entorno (mujeres, irlandeses/as), pero que en su articulación precisa parecen dibujar un perfil personal. O cómo la publicación de su obra despliega estrategias frecuentes entre las mujeres de letras (la traducción

como fórmula y pretexto, la dedicatoria a una dama poderosa, la forma de carta familiar), a la vez que la dureza del tono y lo atrevido, en algunos aspectos, del contenido, fuerza, en cierto sentido, los límites del lenguaje con que en su época se abordaba la cuestión de los sexos.

Al mismo tiempo, intenté afinar mi sensibilidad hacia lo que historiadores como Arlette Farge aprecian como detalles significativos: pequeños gestos, palabras o imágenes cargados de valor no sólo por sus posibilidades narrativas sino también por su facultad (en cierto sentido poética) para provocar destellos de comprensión, abriendo rendijas por las que entrever, de forma más intensa o reveladora que otro tipo de evidencias, posibles significados. Para mí lo fue el cáliz irlandés del siglo XVII, herencia que Inés Joyes, al final de su vida, describe detalladamente en su testamento, y lega al mayor de sus hijos, comprimiendo en una frase la historia de su familia, lo que me hizo pensar acerca del significado que pudo tener para ella la memoria genealógica, el sentido de pertenencia a una comunidad cuyos vínculos simbólicos, de sangre o de negocios, eran mucho más vastos que los escenarios limitados y locales en que discurrió su propia existencia. Lo fue también la breve mención que le dedica en su relato de viajes el médico y clérigo anglicano Joseph Townsend, que fue cliente de su hermano banquero y se alojó una noche en su casa, por recomendación de éste, en su recorrido por el Sur de España: fugaz estancia que nos permite imaginar a la viuda provinciana no del todo aislada e intuir el papel que la residencia de una dama respetable y leída pudo ejercer tal vez como modesto lugar de encuentro de la “buena sociedad” local. Y lo fue, asimismo, el hallazgo de un ejemplar de su obra, sesenta años después de su publicación, en la biblioteca de uno de sus nietos, José MacCohon Blake (1803-1860), militar y político de cierto relieve, a quien apenas llegó a conocer: identificada tan sólo por su título y no por el nombre de su autora, como es usual en los inventarios *post mortem*, pero con todo inconfundible. Algo que interpreté como una metáfora de la visibilidad sólo fugaz que tuvieron las mujeres de letras en la España del siglo XVIII, pero también como un indicio de que su obra y su vida pudieron ejercer algún influjo entre sus contemporáneos o sus descendientes. El riesgo de la sobreinterpretación, de conceder una importancia excesiva a datos nimios o que pudieran tener lecturas total o

parcialmente distintas (¿era verdaderamente el cáliz un objeto de valor simbólico y sentimental para ella? ¿tuvieron ocasión de conversar la viuda y el viajero? ¿acaso el nieto heredó la obra y jamás se dignó mirarla, o la veía como un libro anticuado y sin valor?), sobrevuela siempre este tipo de reflexiones que no rechazan lo intuitivo, y que ensanchan nuestro campo de comprensión al incorporar aquello probable o tan sólo posible.

De todos estos rastros documentales fragmentarios emerge un perfil borroso que contrasta, por un efecto debido a la gran diferencia entre las fuentes, con el tono directo y atrevido de su obra, la *Apología de las mujeres*. Un ensayo rotundo, redactado en primera persona y en el que, con todas las precauciones debidas al carácter siempre retórico de los textos, se puede apreciar la expresión de un yo subjetivo, en sus acuerdos y desacuerdos con los valores morales y sociales de su tiempo. Sin embargo, dentro de los límites que marca el carácter incompleto y escueto de las evidencias documentales, datos biográficos y obra escrita se iluminan mutuamente. Los primeros otorgan densidad y arraigo al texto, que así deja de parecer un ensayo moral en abstracto para mostrarse como una elaboración intelectual a partir de la experiencia personal y, a su vez, ésta se revela, como no podía ser de otro modo, inscrita en los valores y las expectativas propias de su vida y su medio. La *Apología* es una obra que dialoga, implícitamente, con otros textos contemporáneos. En efecto, cita al Feijoo de la *Defensa de las mujeres* (1726) y presenta afinidades muy interesantes con los de otras de sus coetáneas españolas y extranjeras que tratan también la cuestión de los sexos, desde la marquesa de Lambert, a Mary Wollstonecraft, pasando por Josefa Amar. Sin embargo, no puede leerse tan sólo en relación con sus posibles fuentes textuales (por otra parte, apenas reconocidas, ni reconocibles con total seguridad). Los temas comunes entre unas y otras (entre ellos la insistencia en el mérito personal, el intenso tono moral, la confianza en la capacidad racional de su sexo y en el poder de la educación, el valor de la amistad, una visión escéptica del matrimonio desde la perspectiva femenina...) son notables y parecen remitir a una cierta experiencia común, aunque estén declinados en cada caso de un modo particular. Concretamente, la *Apología* se construye como un texto a la vez vindicativo y exhortativo, que denuncia la profunda desigualdad social y moral entre los sexos como algo que degrada tanto a los hombres

como a las mujeres, reclama de aquéllos un trato más justo y anima vehementemente a éstas, apelando a su responsabilidad y autoestima, a que cobren conciencia de su condición de seres racionales y actúen en consecuencia. El ensayo invoca de forma explícita, en múltiples ocasiones, la experiencia, y su tono y contenido sugieren el peso de lo vivido y el aplomo de la madurez. Pese a esa apariencia de inmediatez, sin embargo, cabe ser prudentes a la hora de hacer de él una lectura directamente autobiográfica, que a veces puede traicionarnos al dar un peso excesivo a nuestras propias expectativas o prejuicios más allá de la evidencia. Así, por ejemplo, si bien cabe la posibilidad de que las duras palabras de Inés Joyes hacia la infelicidad que con frecuencia depara el matrimonio (más dolorosa todavía, afirma, para las mujeres, por ser más limitado su horizonte vital) tuvieran relación con la vivencia propia, afirmarlo sin más, en ausencia de otros indicios, sería claudicar ante la presunción presentista de que un matrimonio “de conveniencia” como el suyo (endogámico, pactado entre parientes y con trasfondo de negocios) hubiera de ser forzosamente desgraciado.

Intenté también discernir la voz de Inés Joyes, en cierto sentido y de forma indirecta, en la obra que ella no escribió, sino que tan sólo tradujo: el *Rasselas* de Samuel Johnson. Aquí resulta difícil distinguirla, porque su presencia como traductora es discreta: su versión, correcta e incluso elegante, sigue de cerca el texto original (eliminando de él tan sólo un pasaje sospechoso desde el punto de vista de la doctrina católica), y no le añade, contra lo que era común en la época, un prólogo de justificación o notas explicativas. Sin embargo, aun sin dejar de lado lo que de azar, oportunismo o estrategia editorial puede haber en una traducción, creo que es posible establecer algún elemento de afinidad entre autor y traductora, entre la novela de Johnson y la *Apología* de Joyes que la acompaña. Me indujo a ello, inicialmente, el hecho de haber leído *El príncipe de Abisinia* desde una cierta inocencia y casi una absoluta ignorancia, sin saber apenas nada del más que conocido autor y de su obra. Ésta me fascinó por su lucidez, su desencanto y su ambigüedad, por su final abierto, indeterminado. Sólo más tarde leí una parte de la inmensa bibliografía dedicada a Johnson y conocí los debates sobre su figura y su obra (tory, anglicano, ¿misógino o defensor de las mujeres?, ¿en algún sentido,

“ilustrado”?). Sin embargo, preferí dejar en segundo plano tales etiquetas y apreciar más bien las aristas, los recovecos de un texto que suscitó tantas y tan encontradas reacciones en su tiempo (entre ellas, admiración en personajes tan distintos como Voltaire o Mary Wollstonecraft), para entender en qué sentidos pudo despertar interés y quizá algún sentimiento de afinidad por parte de su traductora: en su fuerte impronta moral, su visión pesimista de muchas cosas (notablemente del matrimonio), la fuerza de sus principales personajes femeninos, racionales, inquisitivos y profundamente críticos para con su propio sexo.

Por otra parte, la certeza de conocer más el entorno de Inés Joyes que a ella misma, de tener pocos datos y pocos escritos personales que confrontar al “yo” enfático que emerge de su texto, obliga, en cierta medida, a modificar la perspectiva sobre esas propias circunstancias sociales y familiares. Y ello para contemplarlas, más que como un decorado fijo, como elementos que constituirían su identidad, que pudieron proporcionarle sentimientos de pertenencia y arraigo, pero también como vínculos que ella utilizaría, construiría y desplegaría a lo largo de su vida: sus apoyos y, en cierto sentido, también su obra. En este sentido, por ejemplo, su participación en las estrategias familiares y sociales puede verse como algo quizá acatado en la juventud, como joven casada por su madre viuda con un hombre a quien le unían relaciones de parentesco y negocios, pero activamente asumido en su madurez, a través de gestos que han dejado huella documental (como designar albaceas y padrinos entre sus familiares y compatriotas) y otros (cartas, visitas...) que apenas podemos intuir. Gestos que renovarían y cultivarían, en la distancia, lazos probablemente queridos y desde luego útiles para el bienestar y el futuro de ella misma y de sus hijos (como el vínculo con su hermano Gregorio, que inició a algunos de sus hijos varones en los negocios y dotó a alguna de las hijas) y quién sabe si para el éxito de su proyecto ante la censura y en la imprenta. El papel de las mujeres en las estrategias familiares, más que a modo de peones pasivos, puede entenderse así, al menos parcialmente, en términos de agencia individual en el seno del grupo cuyos valores comparten. En relación con ello, también su participación en los negocios familiares puede verse bajo una luz algo distinta sin en lugar de fijarnos en la titularidad de los negocios (que no recae en las mujeres salvo de forma

excepcional y por lo común limitada, como solteras o viudas), nos preguntamos por el significado que pudieron tener para ellas. Así, una pequeña y reveladora expresión contenida en el testamento de su madre, refiriéndose a un empleado y albacea como “el cajero actual de *mi casa*”, sugiere, tal vez, una participación activa en el negocio, pero, sobre todo, indica una vivencia de la empresa como algo propio, estrechamente ligado a su identidad y su futuro como al de ellos.

6. ¿Quién era Inés Joyes? ¿Con qué recursos y a través de qué negociaciones con los valores y prácticas de su tiempo pudo dotarse de una voz propia y hacerla oír públicamente? En su vida, en cierto sentido ordinaria, pueden discernirse algunos apoyos materiales y simbólicos que permiten, en alguna medida, recrearla y comprender su obra. Por una parte, las circunstancias familiares. Pertenecer a una familia acomodada, de la burguesía financiera, bien relacionada y –algo de crucial importancia - de origen foráneo le proporcionaría cierto bienestar económico, un medio cultural propicio, que concedía singular valor a la educación (incluida, hasta cierto punto y con diferencias, la de las mujeres), un colectivo con un fuerte sentido de la propia identidad, a caballo entre las lealtades de origen y el arraigo en la sociedad española (todavía en 1808 se reprocharía a su hijo Joaquín su condición de “irlandés”), y una densa trama de contactos familiares y sociales, que abarcaba esferas influyentes y amplias zonas geográficas. Así, aunque su vida discurriese en un horizonte geográfico limitado, tanto la memoria familiar de la que fue depositaria y gestora como sus propios referentes imaginarios alcanzarían la mítica Irlanda de origen, la Francia de la infancia materna, la Europa de los vínculos mercantiles y familiares. Y la pertenencia a una comunidad fuertemente unida por vínculos de solidaridad e influencia, y dentro de éste a una familia con buenos contactos, pudo tal vez infundirle cierta confianza y seguridad en sí misma. A ello contribuiría quizá también el ejemplo de otras mujeres de su familia, algunas relativamente cultivadas, que intervinieron, directa o indirectamente, en los negocios y mostraron cierta iniciativa en el desarrollo de estrategias económicas o alianzas matrimoniales: su madre, nacida y educada en Francia, su tía abuela, cotitular de una firma comercial (junto a

su también sobrino y futuro marido de Inés, Agustín Blake, a quien aquella "dotó" para su matrimonio). Aunque nada sabemos de su educación y lecturas, la suya debió ser una familia relativamente cultivada, que mantendría, como era usual entre la colonia irlandesa, el vínculo con el idioma y cultura de su país de origen, y quizá con cierta impronta laica e ilustrada; un ambiente del que Inés Joyes bebería (de ahí, en parte, el tono indudablemente laico de su ensayo o la religiosidad austera que sugiere su testamento), pero al que probablemente también contribuiría, con su actitud personal y la influencia ejercida sobre su entorno. Y, por último, no parece casual que la *Apología* viera la luz cuando su autora era una mujer de 67 años, cuando su edad y su relativa independencia, como viuda respetable y de mediano pasar, pudieron brindarle la libertad y seguridad en sí misma suficientes como para presentar ante los lectores un texto tan atrevido, obra de alguien que ha vivido y reflexionado.

European Network on Theory and Practice of Biography

7. Como en toda investigación, quedan al final cuestiones pendientes, temas abiertos a los que no es posible dar (todavía) una respuesta bien trabada, y también obsesiones recurrentes cuyo sentido quizá sea más bien el de estimular la reflexión que el de cerrarla. La vida de Inés Joyes, que se extingue en 1808, y el eco muy limitado de su obra, publicada diez años antes, invitan, por ejemplo, a interrogarse sobre las continuidades y los cambios, entre la época de la Ilustración tardía y la del primer liberalismo, en el debate de los sexos y en las formas de participación femenina en la vida social y cultural (escritura, publicación, sociabilidad intelectual...). Plantear la pesquisa de forma individual ayuda, en efecto, a descartar por demasiado simples visiones drásticas que sitúan a principios del siglo XIX el triunfo de una ideología de la doble esfera, que prescribiría a las mujeres un rol únicamente doméstico, para apreciar la diversidad de los discursos coexistentes, sus paradojas e incoherencias y las formas plurales en que los sujetos se los apropiaron. Y además la escala biográfica, aplicada a otras mujeres y hombres que fueron contemporáneos de Inés Joyes o la sobrevivieron, viviendo a caballo entre la crisis del Antiguo Régimen, la guerra de independencia y los primeros pasos de la revolución liberal en España, permite subrayar el despliegue de los acontecimientos políticos y los cambios culturales y su carácter abierto y en alguna medida

imprevisible. Por otra parte, a nivel metodológico me ha preocupado la pregunta sobre cómo reconstruir aquello que falta: si es legítimo o útil, por ejemplo, tratar de intuir las huellas que un individuo y su obra pudieron dejar en el mundo, más allá de donde llegan las fuentes. En el caso de la *Apología* y de su autora si el silencio es sólo eso, silencio (¿signo de desinterés, hostilidad, incompreensión? ¿producto del azar), o bien cabe sospechar que el legado intelectual de Inés Joyes llegara a sus contemporáneos y sus descendientes (en sentido tanto literal como metafórico), por mecanismos menos visibles y más informales que los de la letra impresa: la relación con los hijos (incluidas las hijas a las que dedica su obra, pero también los varones a los que tuteló como viuda), las amistades, las conversaciones, las discusiones que no podemos conocer y que su propio texto recrea.

Y sobre todo queda, como en todo trabajo biográfico, un resto imposible de apurar. Muchas preguntas sin responder, o con respuestas tan sólo tentativas, debido a la escasez y la parquedad de las informaciones. ¿Cómo y dónde se educó, y cuáles fueron sus lecturas y sus referentes intelectuales? ¿De qué modo discurrió su infancia y juventud? Ya adulta, ¿fue el suyo un matrimonio bien avenido? ¿Cómo vivió la maternidad y la viudez? ¿Cuáles fueron sus amistades en Málaga y Vélez-Málaga, y cómo mantuvo el contacto con su parientes en Madrid y con el mundo de la imprenta en la capital? Y sobre todo, ¿cómo entendió su propia identidad, y cómo evolucionó su visión de sí misma y de su lugar en el mundo a lo largo de su dilatada vida? Quizá aparezcan en el futuro nuevas fuentes que en el futuro permitan corregir o perfilar mejor el retrato. Pero, en cualquier caso, ni aun cuando consiguiéramos reunir muchos más documentos, el enigma de una identidad podría resolverse del todo. Como a cualquier biógrafo, me intriga pensar si ella respondería a los nombres con los que la he llamado, si se habría, no ya reconocido de cuerpo entero (pretensión imposible, además de poco pertinente, para el historiador), sino identificado con alguno de los gestos, intenciones o pensamientos que le asigno. O si más bien, como Alicia, hubiera vuelto a ocultarse hasta cambiar el rostro que nos aparece siempre velado, o hasta sentirse mejor interpelada por alguien que venga después.